

SEMANA

DOMINGO 11 ABRIL
DE 1982 NÚMERO 30

DIAS 16



LA CARA OCULTA DE
**CAMILO
SESTO**

**GADDAFI Y LAS
MUJERES**

**LAS DOCE VIDAS
DE UN SUICIDA**

CamiloSestoOficial

CAMILO SESTO

Es casi tan rico como Julio Iglesias, pero su discreción le empuja a no hablar de su maravillosa casa de Torrelodone ni de su mansión de Los Angeles. La muerte de su padre, ocurrida el año pasado, le puso al borde de la locura. Tiene una novia eterna con la que no se casará nunca, y el sexo ocupa una parte tan importante de su vida que le hace saber que el amor no tiene fronteras. Distingue muy bien entre marisquitas y homosexuales, porque él sabe que «cada uno puede hacer lo que quiera con su cuerpo». Este es Camilo, el auténtico, el que nadie conocía hasta ahora. Esta es la cara oculta de Camilo.

UN MULTIMILLONARIO DISCRETO

Isabel Vallina
Fotos: Enrique Cano

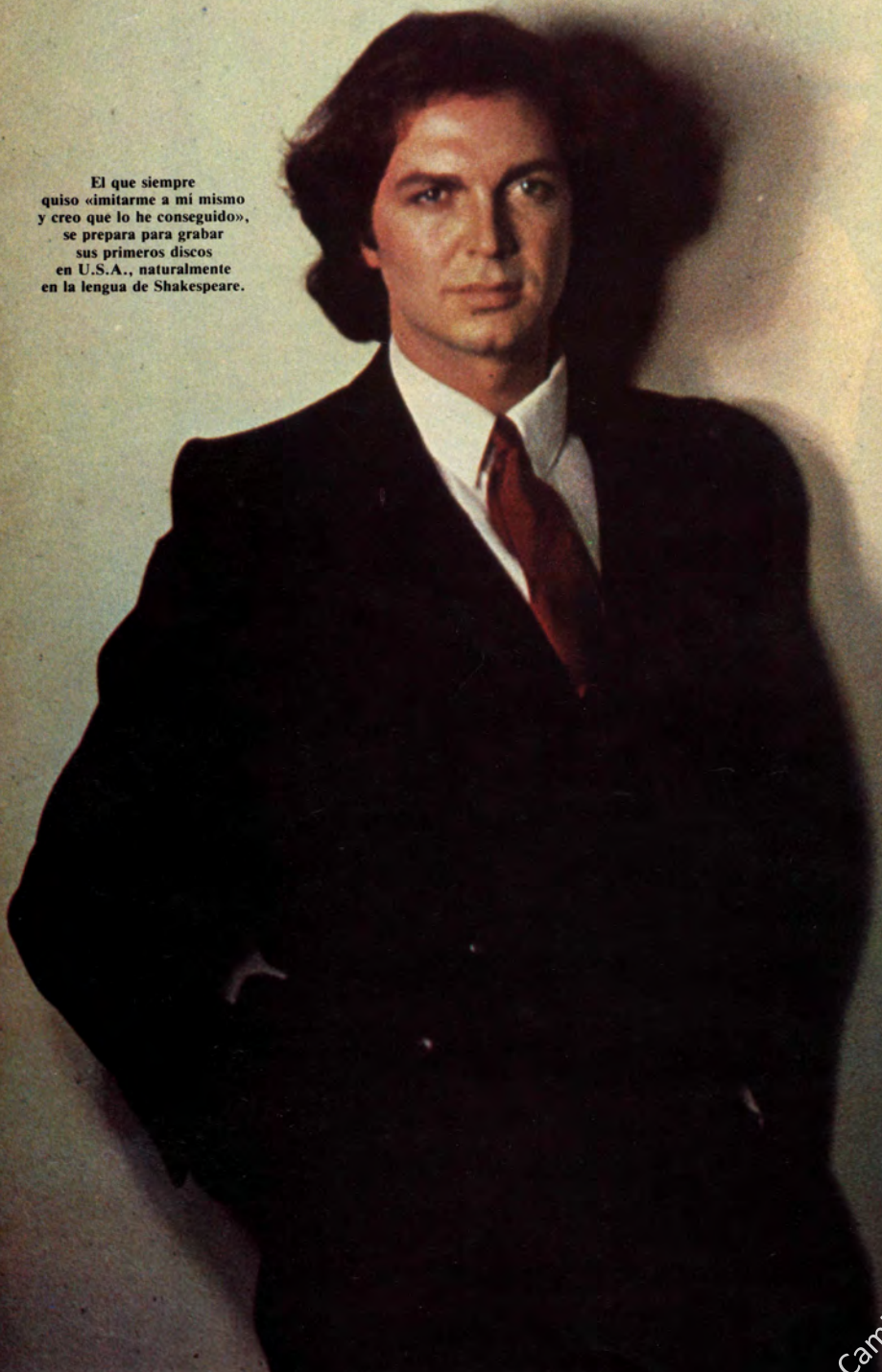


EL MOTOR DE LA VIDA

«Para mí, el amor es el motor que lo mueve todo, porque si yo no siento amor hacia todo lo que es vida, me muero. Necesito que me quieran, porque yo, cuando quiero, lo hago a lo bestia.»

CamiloSestoOficial

El que siempre
quiso «imitarme a mi mismo
y creo que lo he conseguido»,
se prepara para grabar
sus primeros discos
en U.S.A., naturalmente
en la lengua de Shakespeare.



CamiloSestoOficial



UN SACO DE POEMAS

El de los ojos profundos como el amor, tristes como un amanecer o luminosos como un día soleado, tiene «sacos» de poemas que algún día sacará a la luz.

ESTE hombre, de portentosa y excitante belleza, permanece sentado sobre un cómodo sillón mientras su voz — profunda y sugestiva — se desgrana en palabras. Su cuerpo — alto, delgado y flexible — se inclina, amoroso, sobre el rítmico sonido que sale de su boca y explica su vida:

«Yo nací en Alcoy, rodeado de montañas. Me crié muy en contacto con la naturaleza; era todo campo y mis recuerdos infantiles están impregnados de aire libre.»

Camilo Sesto tiene dos hermanas mayores que él y una hermana que «tiene doce años más que yo». El es el pequeño de la familia, y a pesar de que se lleva bien con todos, «siempre tuve un contacto más directo con Chelo, porque llevo más sangre suya que con los demás.»

«Cuando tenía tres años me puse muy malo y estuve a punto de morir de una infección estomacal. Entonces, me hicieron una transfusión de no sé cuántos litros, y esa sangre me la dio toda mi hermana.»

Años después, Camilo salvó a su hermana de morir ahogada en una balsa de riego, «yo era un enano, pero cuando la vi allí, hundiéndose, corrí a una casa cercana y con la ayuda de un señor la sacamos.»

Un aire enigmático y cauteloso se desprende lentamente de este cantante de fama mundial. Con movimientos indolentes estira sus largas piernas mientras sus ojos adquieren un extraño color metálico. «La gran ayuda de mi vida ha sido la seguridad que tengo en mí mismo y la fe en lo que hago.»

Guarda muchos recuerdos de la pequeña casa en la que vivía de niño, «era muy graciosa, como un dúplex», en una calle sin asfaltar, gracias a lo cual él podía jugar a sus anchas, «hacíamos agujeros en el suelo y jugábamos al trompón y a las canicas.»

A los cinco años empezó a ir al colegio, «estuve cuatro años en los Salesianos». Era un poco rebelde, pero es que «tenía mucha vida dentro de mí, y me daban buenos palos en el colegio.»

Su hermana Chelo fue siempre su gran cómplice, «desde

muy pequeño fui un gran amante de la música y mi hermana me llevaba con ella, en ocasiones especiales como el fin de año, y yo me pasaba la noche entera bailando con ella.»

Su padre — «era electricista desde los nueve años, de los de la escalera y el cajón al hombre» — trabajó siempre con tesón y pudo ampliar su negocio cuando Camilo contaba doce años de edad. A partir de entonces, la madre se dedicó sólo a las labores de la casa, «aunque hubiese seguido ayudando si hubiese hecho falta, porque doña Joaquina, mi madre, ha sido siempre una mujer con unos ovarios así de gordos, a lo bestia.»

Adoraba a sus padres, «mi padre nunca me puso una mano encima. Mi madre sí. Cuando hacía alguna cosa mal me daba, a mi padre le bastaba con mirarme. De quien más recibía cariño era de mí, me tenía siempre encima, dándole besitos, pelizquitos, como él decía.»

A los trece años, cuando acabó el Bachillerato elemental, dejó los estudios para «dedicarme a mi segunda afición: la pintura. Me metí en el colegio de Bellas Artes y también me puse a trabajar en la oficina de mi padre.»

Sus ojos cambian de color y

sus pupilas chispean — afiladas —, desgarrando las tinieblas del pasado. «Yo de pequeño ya quería ser Joselito. En el colegio era yo siempre el que cantaba y en la iglesia era el solista; me pasaba la vida pegado a la radio.» Y siempre quiso ser «artista; pintor y cantante».

Cuando era un adolescente lo que más le gustaba eran «los guateques de luces apagadas». «Una vez, en casa, llevábamos ya un rato bailando y se nos ocurrió apagar la luz. Y, ya muy lanzados, de repente apareció mi padre y me pilló con una debajo del teléfono; de momento no me dijo nada, pero luego me advirtió: «Oye, un poco de respeto con nosotros». Era una época en la que fui muy feliz.»

Ya entonces, Camilo tenía su grupito y trabajaban en bodas, banquetes, bautizos y reuniones familiares. «Hacíamos galas en los pueblos de al lado y llevábamos los instrumentos en el tren. Yo era el solista.» Tocaban canciones de Adamo y de Los Beatles. «Era agotador; teníamos actuaciones a la hora del café, después de comer, luego, por la tarde, tres horas de baile y por la noche otras tres. Acabábamos mudos, pero contentos. Y sin cobrar un duro.»

Cuando decidió trasladarse a Madrid, para meterse de lleno en el mundo de la música, sus padres no se opusieron, porque «yo era muy caprichoso y, sobre todo, muy obstinado, y mi padre, que lo sabía, le dijo a mi madre: «Déjale que vaya adonde quiera ir». Y poco después me dieron hasta la emancipación para que pudiera firmar mis contratos.»

Entonces había muy pocas personas que creyesen en él: «Tuve que luchar y luchar; recorrerme España de arriba abajo en furgonetas.» Y a pesar de todo «era muy feliz. No tenía un duro; vivía en una pensión en el barrio de La Ventilla con cuatro amigos, en casa de una señora sorda. No teníamos

agua caliente y las sábanas tlenian pringue!»

Y como hacían muy pocas actuaciones, «sólo trabajábamos los sábados y domingos en un club», tuvo que recurrir a sus dotes de pintor para poder sobrevivir, «eché mano al pincel y conocí a un señor que tenía un negocio de cuadros por La Elipa. Me pasaba el día en el sótano pintando cuadros al óleo».

Después de recorrerse España palmo a palmo en un 500, con sus canciones, hizo su servicio militar. Tras cambiar varias veces de grupo, por fin «mi cuarto de grupo», «Algo de mí», función y empecé a poder sobrevivir debido al éxito propio de mis canciones».

Y Camilo, que cree «completamente en el destino», empezó a recoger los frutos de su esfuerzo que duró dos años. Cuando descubre a alguien que cree que vale en el terreno musical le ayuda sin racanerías y sin temor a las competencias, como le pasó con Miguel Bosé hace más o menos cinco años. «El estaba un poco despistado y yo le orienté sobre lo que tenía que hacer y ahí están los resultados, ¿no?; yo fui el que le empujó y me encanta haberlo hecho.»

A sus treinta y cinco años, este hombre seductor, que ama «la vida por encima de todo y no me aburro nunca», sigue llevando siempre consigo un bloc y un lápiz para poder dibujar. Lo mejor que hace son «los ojos, porque son los que realmente definen a una persona; la mirada, la expresión».

El verdadero motor de este hombre, con ojos de felino enamorado y gestos apacibles y elegantes, es el amor. «Es el motor que lo mueve todo; si yo no siento amor hacia mi vida, hacia alguien en especial, hacia todo, me muero. Necesito que la gente me quiera, porque yo cuando quiero lo hago a lo bestia.»

Y aunque él se entrega totalmente a sus amores y a veces piensa que «no se puede dar tanto», al final no se arrepiente, porque «yo no hago las cosas para que me respondan».

En ocasiones ha vivido amores platónicos, porque «no somos monedas de cinco duros que caemos bien en cualquier bolsillo. Ha habido épocas en



CAMILO

las que yo he estado obsesionado con una persona, y nada, pues era un amor platónico, porque no lograba echármela al plato. Pero claro, eso se acaba; no creo en el amor platónico eterno».

No sabe cuántas relaciones importantes ha tenido, porque «no llevo la contabilidad en eso», y no tiene hijos «que yo sepa». Se enamoró por primera vez a los catorce años, «fue una historia muy bonita», y su relación más larga duró cinco años, desde los diecinueve a los veintitrés años, «fue la más fuerte a todos los niveles, porque en esa época pasé del aprendizaje al real conocimiento de las cosas». «Fue una relación muy fuerte, muy positiva. Ella era una fiera, apasionada en todos los sentidos; loca de pasión o loca de odio.»

Y sus ojos se afilan como espadas, llenándose sus pupilas de estrías plateadas, cuando recuerda, entristecido, la única crisis que ha sufrido en su vida, causada por la muerte de su padre, «el año pasado fue el único momento de mi vida en el que estuve a punto de mandarlo todo a la mierda. Yo estaba en Los Angeles».

«Me avisaron a las cuatro de la madrugada y a la media hora estaba en el aeropuerto. Me vine sin dormir, catorce horas que duró el viaje. Llegué a Madrid, cogí mi coche, conduje hasta Alicante y me quedé seis días con los ojos abiertos y con mi mano en la suya, agarrados. Y si hay algo que me ha dejado una huella indeleble fue el hecho de que la última palabra que dijo fue mi nombre.»

Y Camilo no se ha recuperado. Hace poco, en una actuación en Palma, recordó a su padre y se quedó mudo, sin voz, no pudo continuar. Pero «el sol sale cada día y tengo todavía a doña Joaquina. Tengo algo a lo que agarrarme, muy fuerte». Y arropado por el cálido y protector cariño de su madre, Camilo se sobrepuso y continúa

trabajando. Doña Joaquina es una tierna anciana, vestida de luto, pequeña y fuerte, que acompaña a su hijo siempre que puede.

A pesar de que tiene mucho dinero no le da ninguna importancia, «era muy feliz cuando no tenía un duro, y, en cambio, ahora, con todo mi dinero, no fui capaz de evitar la muerte de mi padre, nunca me recuperé de su pérdida».

No está de acuerdo con la práctica del aborto, aunque a veces le parece «necesario». Camilo adora a sus fans, «porque son gente que te están dando todo a cambio de una canción, de una foto».

Recibe cartas de ellas de todo tipo, «desde las del amor más apasionado hasta las que me dan consejos prácticos y me dicen: "Te estás haciendo mayor, debes casarte, retirarte a tiempo"». Y también «tengo chicos fans, que no es lo mismo, pero de la misma manera ellos me ofrecen toda su energía y su admiración».

Tiene unas manos grandes y fuertes, de dedos largos y bellos, las mueve mientras habla, dibujando figuras en el aire que rubrican sus palabras, con gestos claros y rotundos. «Lo que más me gusta del cuerpo de una mujer son sus... ¡tetas!, por supuesto, y me gustan los culos respingones. Y una cara bonita, y unas piernas bien hechas y un cuello largo.»

Considera que él es un hombre de intensidad sexual, «¡muy potente!», y se ríe regocijado mientras dice: «¡Vamos allá!», con una inusitada y agradable sinceridad. Le parece que «hacer el amor todos los días es muy agradable, pero si no puedo... tampoco me voy a pegar un tiro».

Gala —escritor— dice que «el sexo sin amor es como bailar sin música», y Camilo opina que «yo he bailado sin música». «El sexo sin amor no es tan terrible, es un buen rato que pasas y luego se te olvida o no se te olvida, y se acabó. En cambio si hay amor, un gran amor, sin sexo, entonces sí que es bailar sin música.»

Tiene una amiga que es «la novia eterna mía», aunque está cansado de declarar que «no me voy a casar con ella». Y aunque ahora Andrea vive en su casa de Torrelodones, «eso no con-

diciona nada nuestra relación, puede o no vivir conmigo; ella es una amiga de las que dices: "A ti te quiero para toda la vida", y ya está, y seguiremos juntos toda la vida si nuestra relación sigue como hasta ahora, pero eso no quiere decir que nos sintamos obligados el uno hacia el otro en ningún tipo de cosas».

Sobre la capacidad sexual del hombre, en general, opina que «depende de la combinación: de quien encuentre a quién». «Hay mujeres que con un cierto tipo de hombre pueden ser insaciables y de repente topan con otro y se vuelven frías.» Pero cree que las mujeres que se consideran frías no lo son en realidad, porque el problema es que «no han encontrado el modelo que les va». Piensa que las mujeres tienden más a la fidelidad, porque «los hombres en ese sentido somos más putas».

Ese terrible demonio que ha sido siempre el sexo para las almas pudibundas y cautas es así el dulce jardín conocido donde pasea, exaltado, porque domina todos sus recovecos, «a mí me encanta hablar de sexo, y por supuesto lo mejor es hacerlo».

Y aunque surge el tema de los «mariquitas», Camilo puntualiza: «Ah, no! No es lo mismo un "mariquita" que un homosexual.» «El "mariquita" es un exhibicionista de las supuestas cualidades femeninas que no tienen; ellos se contonean, son amanerados, recogen de las mujeres los gestos cursis y afectados que ellas, hoy en día, rechazan. El homosexual es un hombre serio al que le gusta mantener relaciones sexuales con hombres, pero nadie tiene por qué darse cuenta, a nadie le importa lo que haga cada cual con su cuerpo.»

Camilo, el de los ojos profundos como el amor, triste como un amanecer, o luminosos como un día soleado, es un enamorado del amor, «es grandioso, es la vida». Piensa que en una relación «como Dios manda tiene que haber una mujer, y en la vida de un gran hombre siempre tiene que existir una gran mujer».

Sus canciones hablan de amor y además tiene «sacos, toneladas de poemas que no he enseñado a nadie».

Este hombre apasionado, inquieto y divertido siempre quiso «imitarme a mí mismo, y creo que lo he conseguido». Pronto se irá a Estados Unidos para grabar en inglés.